MARGO GLANTZ. *La polca de los osos*. Oaxaca: Almadía, 2008.

Las estaciones poéticas de Margo Glantz

La prosa de Margo Glantz siempre resulta ser un hallazgo. Sus estaciones, no de paso, sino permanentes, son y han sido un relato del siglo XX: de sus calamidades, sus relaciones entre el dolor y la literatura, entre ésta y la sexualidad, el cuerpo y sus excrescencias, el exilio, los momentos límite a que se expone la conciencia. Son estaciones poéticas de una escritora dedicada en cuerpo y alma a buscar un sentido a todo aquello que carece, aparentemente, de él. Es un espacio que busca entre los escombros de la historia una explicación nada directa de las atrocidades cometidas al cuerpo humano y al cuerpo de la escritura. Se ha sometido a hombres y mujeres a una crueldad sin nombre, al mismo tiempo que la censura ha perseguido y aniquilado a grandes escritores. De esa soledad, nace y crece la poesía. Creo que antes de empezar a comentar su último libro es preciso detenerse en algunas consideraciones. Por ejemplo, la manera en que ella involucra al lector en sus propias lecturas y en sus descubrimientos. Le tiende la mano, comienza la seducción, y lo lleva a territorios en los que desarrolla un asunto que explora concienzudamente y no lo suelta hasta que lo ha convertido en su presa. No quita para nada el dedo del renglón, sino que oprime el botón de muestra y sigue un camino crítico. Y aquí hemos citado una palabra importante en la vida de esta excelente investigadora y maestra universitaria: la crítica. Para ella no hay nada más complaciente que analizar las cosas, las obras, las épocas, para penetrar en esos mundos y descubrirlos. ¿No es acaso ésta la función básica del crítico?

Primera estación

Prohibir y castigar. Hay palabras que de alguna manera revitalizaron Foucault, Bataille y Barthes, y que inauguraron un nuevo tipo de crítica literaria en un mundo que había gastado y liquidado el vocabulario. El erotismo en la literatura, la relación de la muerte y el sufrimiento, la hazaña de Bataille de haber convertido el sueño en un viaje entre el cielo y la tierra, es decir, entre la capacidad de volar por los aires y la necesidad de arraigarse a lo terrenal. Sade, Julio Verne y Georges Bataille parecen personajes escogidos por Margo Glantz para darle una orientación a su revisión teórica de la obra de cada uno. En ellos encuentra un camino para transitar de la ficción a la vida misma, de la reflexión estructural o filosófica a las huellas dejadas en la historia por la violencia, la guerra, la tortura. No es un camino cualquiera sino una ruta que a su paso por la historia va dejando rastros de sangre, que la palabra recoge y asimila para

transformar el sonido de las cavernas y la oscuridad delirante en prosa y luz que permite de nuevo ver el sendero. El camino trazado por Margo Glantz sobre el valor y el destino de la obra literaria no es que esté sembrado de espinas. Sería un triste lugar común. Es el que necesita ser insertado en su tiempo, sus modelos, su espíritu de época, para empezar a ser deletreado.

La mujer ocupa un lugar destacado en este grato ensayo, que nos lleva por lugares desconocidos o bien recién descubiertos; el cuerpo femenino ha estado expuesto a las fisuras; ha sido violado, y, en cuanto a la mujer considerada como objeto, a veces inmolado. “La penetración, la crueldad, el sadismo ejercidos sobre el cuerpo de una mujer dentro del cuerpo textual sería sólo una serie de actos rituales en los que la mujer se contemplaría como cuerpo desnudo exterior a ella misma. Y la novelización sería la puesta en marcha por la escritura de un texto escrito como oración y pasión” (120).

Hay pasajes de esta aventura verbal y crítica emprendida por Margo Glantz que avasallan y nos llaman desde lejos para entender que el trabajo crítico es una telaraña o un tejido, lo dijo Roland Barthes hace tiempo en *S/Z*, que es preciso enlazar con pertinencia. La hermenéutica de nada nos serviría si no conduce a una zona en que las relaciones textuales significan y aparecen más allá de la lectura simple. La nieve no es signo de frío nada más, a veces significa paz o desesperanza. Esto me parece evidente cuando la autora logra vincular a Bataille con Julio Verne, y lo hace con una cita de aquél en que los protagonistas se lanzan a nuevas aventuras: “Ese lanzamiento es similar al de algunos textos de Verne donde la cotidianidad de la vida burguesa se violenta con un lanzamiento inesperado que nos conduce a la Luna o al centro de la Tierra, y subrepticamente al término de una iniciación” (145).

Sigo pensando que en literatura no importa tanto lo que se dice sino cómo se dice. En la forma, no en el significado, es donde se encuentra uno de sus secretos más avasalladores, que han sabido manejar los grandes escritores del siglo XIX y del XX. Y Margo Glantz apuesta en su largo ensayo por esta premisa. Lo demuestra con fidelidad el paso que da de Francia a América Latina, a través de los bucles de la amada de Frédéric, el protagonista de *La educación sentimental* de Flaubert. El cabello es seda y es símbolo de erotismo. Y lo usa como portador de un sentido de época, de status de la nobleza decadente y del romanticismo a puertas abiertas que el realismo de Flaubert combatió. La capacidad crítica se instala en el detalle, pues su objetivo siempre ha sido y será ver más allá de lo aparente, y la mirada de Margo Glantz entra a los entresijos de la señora Arnoux, en ese instante en que va a su gabinete a buscar su cofrecillo con abrazaderas de plata; y así, su cabellera aparece “encerrada en una red, como el cofre donde se guardan los afectos” (187).

Segunda estación

Preocupada por los perseguidos de la historia, aquellos hombres y mujeres que una ideología, un gobierno, condenó al silencio, Margo Glantz levanta la voz o dicho de otro modo, la pluma, y escribe en evidente signo de rebeldía. En su escritura late como un organismo vivo la insatisfacción por el mundo desigual, injusto y arbitrario, que tantos horrores provocó en el siglo xx. Los grandes tormentos que impuso el nazismo podrían resumirse en la personalidad del italiano Primo Lévi, el escritor que sale de los campos de concentración, resiste el sufrimiento, pero no la conciencia del horror y se quita la vida en 1987.

¿Cómo escribir después de Auschwitz? La pregunta la había formulado Adorno, pero le ha dado seguimiento y extensa explicación George Steiner en sus ensayos reunidos en ese espléndido libro, *Lenguaje y silencio*. La idea que los ensarta y los hace parte de nuestro tiempo y de nosotros mismos es que los nazis no eran una tribu india, creada en las estepas de alguna aldea de Siberia, sino ciudadanos alemanes que habían ido a la universidad, podían escuchar un concierto de Beethoven y leer un libro de filosofía, una novela, un poema. Con esos cuerpos selectivos se derrumba, dice Steiner, la fe en las humanidades, nos colocan en la crisis de las humanidades, es decir, en el silencio.

Tal vez el futuro no se escriba con palabras, opina Steiner, defensor del lenguaje como la única posibilidad de comunicación plena que puede tener la sociedad contemporánea. Los nazis clausuraron un tiempo y cierto tipo de lenguaje; pues lo que le hicieron al hombre está más allá de la razón y de la cultura; humillaron el cuerpo en sus límites más precisos, demolieron la fe en el hombre mismo, destruyeron la intimidad mínima que toda mujer guarda con fina paciencia.

De pronto, *La polca de los osos* se vuelve algo más que un puñado de ensayos escritos a lo largo de 25 años: acto de escritura que intenta demoler algunas formas, ciertos prejuicios, vocación por la solidaridad y voz que se entrega a los demás. Margo Glantz salta con enorme destreza del texto literario al texto de lo "indecible", el que parece haber quedado impreso en Auschwitz y en la conciencia de la historia. Y no voy a citar el relato que la autora nos cuenta a través de Celan y de Primo Levi, sino sólo recordaré el momento en que un "musulmán" llegaba al campo de concentración; era despojado de su ropa, de su nombre —recibía un tatuaje con un número—, le rapaban la cabeza, su cabello era enviado a Alemania. Se le convertía en otra persona, en otro ser, en objeto.

Tercera estación

Es bien sabido que Margo Glantz camina a grandes pasos por el mundo; invitada a dar conferencias, a presentaciones de sus propios libros, a congresos de crítica y de literatura, también se procura tiempo para ir a los museos y así ver las últimas exposiciones del mundo del arte. Uno puede imaginarla entrando en el año 2002 en el Pompidou, urgida de ver cuanto ahí se exponía sobre Roland Barthes, cuenta con amenidad en una de sus notas de *La polca de los osos*. Vio todo sobre el autor de *El grado cero de la escritura*, cuadros, películas, pruebas de sus libros, su biblioteca, fotografías familiares y personales, también las obsesiones bartreanas: los viajes y la música. Tal vez, siguiendo a Barthes, es posible decir, en un intento de resumen y conclusión, que en la larga trayectoria crítica y literaria, académica y teórica, Margo Glantz prefiere el placer del texto. "El texto es en sí mismo una existencia, una unidad, una coherencia, algo vital, una escritura, un cuerpo propio, pero también es el reflejo de la vida".

En la escritura de Margo Glantz hay una búsqueda por encontrar la otra voz que complementa la del autor; es la voz del "otro" que debe descubrirla y cubrir con ella sus heridas, las personales y las de la historia. No es posible despedirse de este libro que ilumina a ratos nuestra perspectiva del mundo y de los hombres, sin mencionar este verso de Celan con el que, sin duda, comulga Margo Glantz. "El poema es solitario. Es solitario y está de camino. Quien lo escribe queda entregado a él. / ¿Pero no está el poema por esto mismo, es decir ya aquí, en el encuentro, *en el secreto del encuentro?*" Y citar el nombre de Paul Celan es sumergirse de nuevo en la visión aguda, crítica y redentora que le otorga Margo Glantz a este gran poeta rumano que tuvo cuatro nacionalidades y que en mayo de 1970 se tiró a las aguas del Sena en París.

ÁLVARO RUIZ ABREU
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco